

Memoria particular de Betanzos

Por CARLOS MARTÍNEZ-BARBEITO

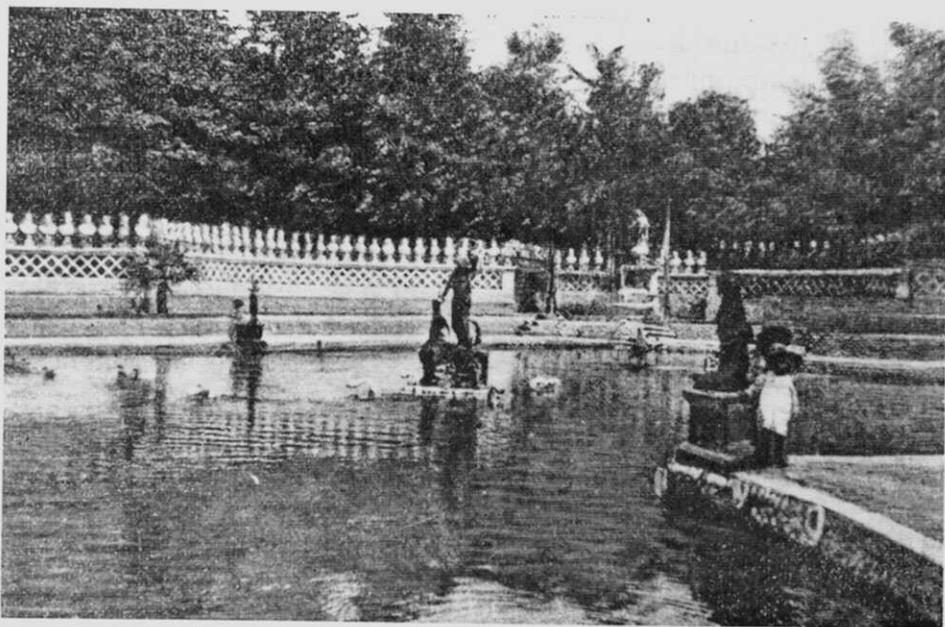
Betanzos está tan unido a mis recuerdos y a mi vida como lo está a los recuerdos y a la vida de todos los coruñeses. Betanzos es la proximidad, la hermandad y la complementariedad con La Coruña. No se puede pensar en ambas ciudades por separado. Desde La Coruña se alarga el paseo hasta Betanzos casi tan fácilmente como se va a la calle Real. Y se va a Betanzos un día sí y otro también y siempre que se recibe a un forastero al que haya que mostrar lo más hermoso de esta tierra. La visita es entonces inexcusable, sobre todo en la temporada estival, con la seguridad de que no hay extraño que no se impresione con la belleza del paisaje y de las piedras ni con su prestigio histórico.

No fui un coruñés cabal hasta que empecé a ir a Betanzos. Era yo niño y, al principio de cada verano, esperaba con mis hermanos el día, que sabíamos feliz, de ir a pasar una tarde en casa de unos amigos nuestros, Eduardo González y Agueda García Iribarne, en su chalet de la plaza del Campo que ya llevaba el apellido de la familia. Estaba esta casa al fondo de la plaza, recatada en el ángulo que forman la carretera de Madrid y un camino que baja hacia no sé dónde. Era un chalet de grandes proporciones, un si es no es ostentoso, de inspiración francesa y rasgos modernistas que desentonaba un tanto de la hilera de casas asoportadas y con galerías de cristales. Detrás de la casa había un gran jardín frondoso y fresco.



La tarde para la que éramos invitados año tras año tan pronto como el matrimonio González-García y sus muchos hijos llegaban de Madrid, se anunciaba para nosotros con alborozo ya desde primera hora. A media tarde, con mi padre al volante del

«Era un chalet de grandes proporciones, un si es no es ostentoso, de inspiración francesa y rasgos modernistas...»



«Recorriamos el borde del estanque con los cuatrocientos bustos de los papas que habían reinado desde San Pedro...»

Fiat familiar—aún recuerdo su temprana matrícula: C-1676—emprendíamos el camino a través de las Mariñas que tan bien conocíamos y tanto amábamos. Ibamos identificando cada entrañable trozo de paisaje y señalábamos aquí y allá los pazos y las quintas de las familias conocidas.

Al empezar el descenso de la cuesta de la Angustia nuestro gozo subía de punto. Visto desde la alta y tortuosa Angustia, Betanzos se nos aparecía como una decoración de teatro. Emergía del fondo de una hondonada, desde los últimos derrames de la colina, bañados por la cinta plateada del Mandeo, hasta la cúspide en que las agujas de la iglesia de Santiago parecían pastorear el rebaño de casas que trepaba hacia ellas, como amparándose unas en otras. Alrededor, el verde, los verdes deslumbrantes de la campiña.

¡Betanzos! ¡Betanzos!, gritábamos entusiasmados. Y un poco después, cruzando la anchurosa plaza nos deteníamos ante la puerta de nuestros anfitriones. Salían a recibirnos y todo eran sonrisas y abrazos. Jugábamos toda la tarde en el jardín, o en el interior si refrescaba, y merendábamos con los niños de la casa. Algún año, cuando «El Pasatiempo», propiedad de los García Iribarne, estaba en su último esplendor aunque iniciaba su decadencia, nos acompañaban a aquel sorprendente, a aquel mágico recinto donde nos esperaban mil y una maravillas.

Lo que más nos atraía, sin duda por ser lo más vivo, eran los restos del parque zoológico que allí hubo. Aún quedaban monos, lobos y una extraña «vaca rusa», según rezaba el rótulo de su empalizada, que tenía una cola de caballo que nos fascinaba.

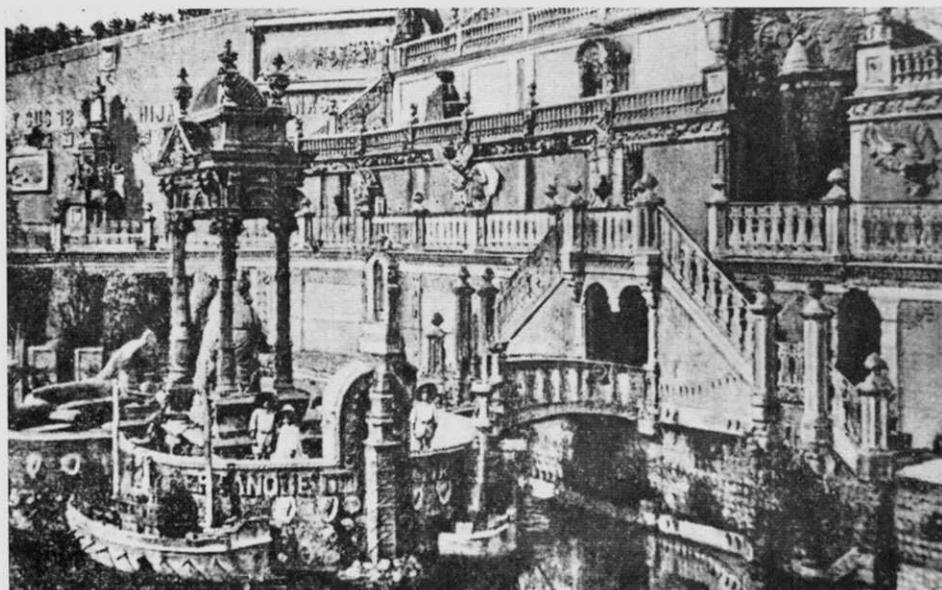
Jugábamos interminablemente al escondite, hasta cansarnos, en las grutas que fingían con cemento estalactitas y estalagmitas. Recorriamos el borde del estanque con los cuatrocientos bustos de los papas que habían reinado desde San Pedro. Mirábamos con asombro la evocación plás-

tica, asimismo de cemento, que conmemoraba en relieve el viaje que los García Naveira habían hecho a Egipto; allí aparecían ellos, de tamaño natural, ante las pirámides, a lomos de camellos. Como eran de cemento los bustos de los papas, como el inmenso león sentado en la terraza y entre cuyas piernas hacíamos nuestras travesuras. Como el gran estanque en que simulaban bogar navíos de todas las épocas como en una viva y plástica lección de historia de la navegación. Como los grandes frisos en que se evocaba la gesta hispánica del Descubrimiento, con los escudos de «España monárquica y sus 18 hijas republicanas» según advertía un letrado esclarecedor. Y, cosa que mirábamos sin poder esconder una sonrisa y dándonos al codo, el grupo escultórico de «La caridad romana» y la doble estatua de los hermanos fundadores, don Juan y don Jesús García Naveira, el uno pasando el brazo por el hombro del otro y hablándole mediante una trompetilla. Aquello era de mucha risa.

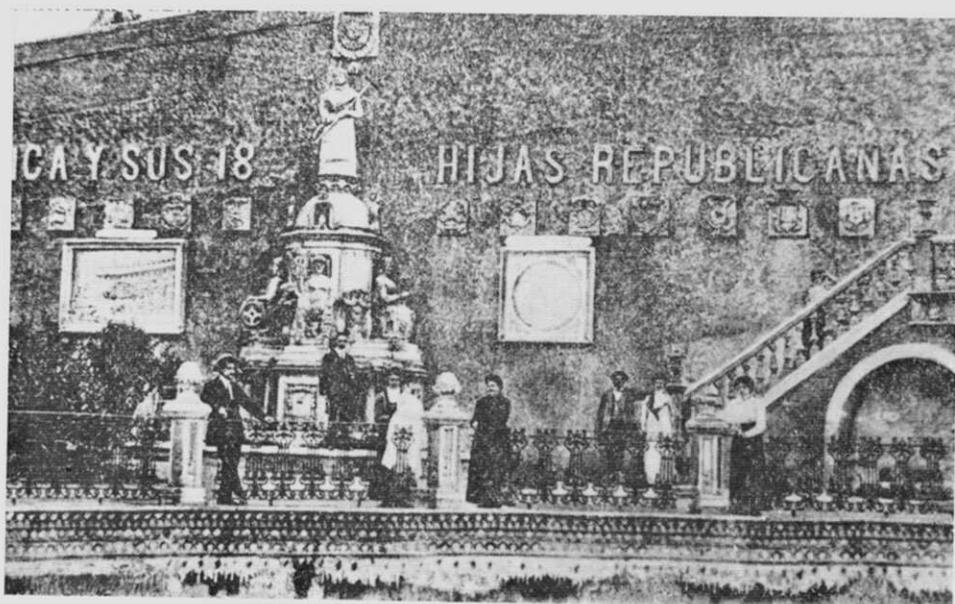
«El Pasatiempo», inmensa masa de cemento donde todo tenía proporciones colosales y cuando menos presentaba figuras humanas de tamaño natural, fue una creación sorprendente, imaginativa e ingenua. Un anticipo del arte *naïf* que por su carácter popular no apreciaban entonces más que las gentes sencillas pero que luego había de ganar el entusiasmo de los críticos más exigentes y, a la cabeza, Eugenio d'Ors, que le dedicó páginas encomiásticas.

Este gran monumento «naïf», por otra parte un poco faraónico, hacía nuestras delicias y servía de tema de conversación durante largos días después de cada visita.

Efecto inesperado produjo en el escritor chileno Augusto d'Halmar que no entendió nada y permaneció inmune a toda fascinación y aún se permitió escribir—creo que en «Informaciones»—que el fundador de aquel parque de cemento y vegetación, no pudiendo conciliar el sueño en su cama por los remordimientos que le causaba el recuerdo de unas tropelías su-



«Como el gran estanque en que simulaban bogar navíos de todas las épocas como en una viva y práctica lección de historia de la navegación...»



«Como los grandes frisos en que se evocaba la gesta hispánica del Descubrimiento, con escudos de España monárquica y sus 18 hijas republicanas, según advertía un letrado esclarecedor...»



«Y, cosa que mirábamos sin poder esconder una sonrisa y dándonos al codo, el grupo escultórico de La caridad romana...»

(Foto Masaca.)

puestamente cometidas en América para amasar millones durante su emigración, había tenido que recurrir a un lecho de mirto recortado que adornaba como tantas otras cosas «El Pasatiempo» para poder descansar tranquilo bajo las estrellas.

Mi madre reaccionó noblemente indignada. Ella sabía muy bien que tales tropelías eran pura fantasía, tónica fantasía de criollo resentido, y que, por el contrario, los hermanos García Naveira habían volcado su amor y sus caudales sobre Betanzos, dotándolo de instituciones y servicios indispensables, de que carecía. Y escribió, si mal no recuerdo en «El Orzán», un hermoso artículo en defensa de la memoria venerable de los fundadores de «El Pasatiempo» y recordando que su

construcción tuvo por único objeto dar trabajo a los obreros que no lo tenían. D'Halmar contestó rectificando caballerosamente y con rendido cumplimiento a mi madre por su acción justiciera.

Este era mi Betanzos de niño, que nunca olvidaré. Luego vino mi conocimiento de sus valores monumentales y paisajísticos. Admiré, primero llevado de la mano de mis padres y luego por mí mismo, San Francisco, Santa María, Santiago... y las casonas próceres y las graciosas casitas humildes, y las rúas empinadas, llenas de encanto. Y el espíritu festivo que se manifestaba en los Caneiros, en el lanzamiento del globo, en las danzas gremiales y en las tabernas con su ramo avisador. Y más tarde aún lamenté hasta la congoja que Betanzos se hubiera dejado arrebatar dos de sus tesoros más preciados. En primer lugar, la visión como teatral de la colina en que se asentaba la ciudad, entre arboledas y praderas, corrientes fluviales y marismas, espectáculo admirable ya irremediamente afectado por la especulación de las constructoras. Y, en segundo lugar, la obra maestra del arte *naïf* que era «El Pasatiempo», prodigio de imaginación ingenua y popular. Dos pérdidas de las que no nos consolamos cuantos amamos a Betanzos y vertimos un llanto elegiaco sobre la ruina de sus maravillas.



«Y el espíritu festivo que se manifiesta en los Caneiros, en el lanzamiento del globo...»

(Estudios Blanco.)